

ojos que no han podido desprenderse de ella.

Repite una vez más la ceremonia.

### LA MUERTE DE MORENILLA

FELIPE que me despierta, me dice se ha levantado en la noche para vigilarla y que ella tenía la respiración tranquila.

Pero, desde esta mañana lo tiene inquieto. Le da heno seco y no le hace caso.

Le ofrece un poco de hierba fresca, y Morenilla, de ordinario tan golosa, apenas la toca. No mira a su ternero y soporta de mala gana los golpes que le da con la nariz cuando se levanta sobre sus patas rígidas para mamar.

Felipe los separa y amarra al becerro lejos de la madre. Morenilla parece no haberlo notado.

La inquietud de Felipe se nos contagia. Hasta los niños quieren levantarse.

El veterinario llega, examina a Morenilla y la hace salir de la cuadra. Ella se golpea en la pared y choca contra el umbral de la puerta. Caería; es preciso volver a entrarla.

—Está muy enferma, dice el veterinario.

No osamos preguntarle lo que tiene.

Teme una fiebre de leche, a menudo fatal, sobre todo en las buenas lecheras, y mientras recuerda uno por uno los casos de aquellas que creía perdidas y que él ha salvado, unta con un pincel, sobre los riñones de Morenilla, el líquido de un frasco.

—Hará el efecto de un vejigatorio —dice.— Ignoro la composición exacta. Esto viene de París. Si el mal no llega al cerebro, saldrá de él sola, si no em-

plearé el método del agua helada. Esto asombra a los campesinos sencillos, pero yo sé a quien hablo.

—Hacedlo, señor.

Morenilla, echada sobre la paja, puede aun soportar el peso de su cabeza. Cesa de rumiar. Parece retener la respiración para darse mejor cuenta de lo que pasa en su interior.

Se la envuelve en una cobertura de lana, porque los cuernos y las orejas se enfrían.

—Hasta que las orejas caigan, dice Felipe, hay esperanza.

Dos veces trata de pararse. Respira fuerte a intervalos cada vez más largos.

Y he aquí que deja caer la cabeza sobre su flanco izquierdo.

—Esto va mal—dice Felipe, en cuclillas y murmura zalamerías.

La cabeza se levanta y cae sobre el pesebre, tan pesadamente que el choque sordo nos hace exclamar: ¡Oh!

Rodeamos a Morenilla de paja para que no se maltrate.

Tiende el cuello y las patas, se estira en toda su longitud, como en el prado, en tiempo de tormenta.

El veterinario se decide a sangrarla. No se aproxima mucho. Sabe tanto como cualquier otro, mas, pasa por menos atrevido.

A los primeros golpes del mazo, la lanceta resbala sobre la vena. Después un golpe más seguro y la sangre salta al cubo de estaño que ordinariamente se llena de leche hasta el borde.

Para contener el chorro, el veterinario pone en la vena un gancho de acero.

Así aliviada, aplicamos un paño mojado en agua de pozo, desde el frente hasta la cola, y lo renovamos

frecuentemente porque enseguida se calienta. No se estremece siquiera. Felipe la sostiene firme por los cuernos e impide que la cabeza golpee el flanco izquierdo. Morenilla, como amansada, no se mueve. No se sabe si va mejor o si su estado se agrava.

Estamos tristes, pero la tristeza de Felipe es taciturna, semejante a la de un animal que viese sufrir a otro.

Su mujer le trae la sopa de la mañana, que come sentado en un banquillo, sin apetito, y que no termina.

—Es el fin—dice,—Morenilla se hincha.

Primero dudamos, pero Felipe ha dicho la verdad. Se infla, a la simple vista, y no se desinfla, como si el aire entrado no pudiese salir.

La mujer de Felipe interroga:

—¿Está muerta?

—¡No lo ves! contesta Felipe duramente.

La mujer de Felipe sale al patio.

—No será pronto que yo vaya a buscar otra,—dice Felipe.

—¿Otra qué?

—Otra Morenilla.

—Iréis cuando yo quiera,—replicó con un acento de amo que me admira.

Tratamos de hacernos creer que el accidente nos irrita más bien que nos apena, y así decimos que Morenilla ha muerto.

Pero en la tarde, encuentro al campanero de la iglesia y no sé lo que me ha detenido para decirle:

—Un momento, aquí tienes cien sueldos y ve a doblar por alguien que ha muerto en mi casa.

(Traducido especialmente para el REPERTORIO AMERICANO por Carmen Lira. París. Otoño de 1920).

## El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida.

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES, CÉFIROS Y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la

Compañía Industrial,

# EL LABERINTO

y por su INMEJORABLE CALIDAD, PERFECCIÓN y SOLIDEZ, se vende todo a medida que sale de los talleres de la Compañía. El público puede encontrar

esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSE.—José M<sup>o</sup> Calvo y Cía. «La Gloria».—Ismael Vargas, (Mercado).—Sérvulo Zamora, (Mercado).—Manuel Vargas C., (Mercado).—Jaime Vargas C., (Mercado).—Tobías Solera y Cía., (Mercado).—Antonio Alán y Cía.—Colegio de A. Vargas, (Mercado).—Enrique Vargas C., (Mercado).—E. Sión.—Colegio de Señoritas.—Etc., etc, Guevara y Cía. «La Buena Sombra» y «La Perla».—Domingo

La COMPAÑÍA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos sus productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105

Teléfono No. 254

## SAN JOSE DE COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.